

[memorial]

Policías. Licenciados. Mujeres de tacones. Agentes. Hombres de traje. Abuelas de mandil a cuadros. Víctimas. Todos vamos hombro con hombro en el estrecho elevador. En el segundo piso, hacia la derecha, está el mostrador verde donde otro empleado nos indica que avancemos unos pasos más hasta llegar a la ventanilla. En el oficio de folio 0029882, turno /300/14098/2019, queda asentado que: *Mediante escrito solicita se le proporcione una copia completa del expediente de investigación 40/913/990-07. S/N Anexo. Instrucciones del C. Subprocurador. Se envía para su atención y seguimiento, a efecto de que resuelva conforme a derecho proceda; debiendo marcar copia a esta subprocuraduría de la atención brindada al presente haciendo referencia al número de turno correspondiente. Mtro. Joel Mendoza Ornelas, Agente de Ministerio Público Supervisor. 17 de octubre de 2019.* El empleado nos muestra el oficio, pero dice que sólo me lo facilitará si traigo una copia de mi identificación oficial. ¿Y usted sacará la copia? No, imagínese dammita, son tantos los que vienen aquí. Baje y ahí afuerita, luego luego, cruzando la calle. Ahí va a encontrar una fotocopiadora. Bajamos las escaleras a toda prisa y, en un rellano, aparece ese póster colorido tamaño oficio con una fecha 4 DE OCTUBRE en letras muy negras. Y, a su lado, pegado a la pared con engrudo, se despliega ese papel de un blanco tenue repleto de palabras con el tamaño de las hormigas. Es el memorial en honor a Lesvy Berlín Osorio, la estudiante de la UNAM que fue asesinada por su pareja.

Hace apenas un par de días, luego de un juicio largo, se dictó la sentencia de 45 años de prisión contra el hombre que, en un inicio, argumentó que la muerte de Lesvy había sido autoinfligida. Nadie le creyó. O, mejor dicho, sólo le creyeron los que siempre creen que las mujeres asesinadas son culpables

de la violencia que las mató. Cuando empezaron a circular las noticias, cuando las lectoras se dieron cuenta de que a Lesvy la habían encontrado colgando de una cabina de teléfono, el cable negro alrededor de su cuello, nadie le creyó. Después del desconcierto inicial, su madre, Araceli Osorio, comenzó el trabajo de organización popular que forzó a la Procuraduría a abrirle un juicio. Y, dos años después, al fin la resolución. Se precisó de dos años de incansable activismo, dos años en que Araceli Osorio cuestionó punto a punto la versión de su suicidio y propugnó, al mismo tiempo, por una investigación rigurosa y conforme a derecho para poder escribir esa oración tan tersa: la estudiante asesinada por su pareja. ¡La valentía de Araceli Osorio! Cuando los más mordaces empezaban a culpar a la víctima, sacando a relucir conductas que ellos consideraban reprobables —tomar cerveza, salir con amigos, tener una vida sexual activa, elegir la pareja inadecuada—, Araceli Osorio nunca se rindió. Nunca dejó de defenderla. Ni drogadicta, ni puta, ni peda. Una muchacha joven, nada más. Nada menos. Un cuerpo pleno de goce, dueño de su propia libertad. Araceli Osorio lo repitió tantas veces como fue necesario: la única culpa de Lesvy había sido ser mujer. Estamos a punto de pasar de largo por el rellano de la escalera, pero me detengo a mitad del siguiente tramo. ¿Viste eso? ¿Lo de Lesvy? Sí, eso. Y la fecha. Sorais lo niega con la cabeza. ¿Cuál fecha? El 4 de octubre es el día en que nació mi hermana.

Lesvy y Liliana. El sonido combinado de sus dos eles me obliga a colocar la lengua contra la parte trasera de mis dientes frontales superiores y a empujar el aire por los lados de la boca. Consonante lateral. ¿Podrían haber sido amigas? ¿Podrían haber salido de fiesta juntas, sus cabelleras arriba y abajo, luminosas y salvajes, mientras bailaban un ritmo de cumbia? ¿Podrían haber corrido una en ayuda de la otra en

venos torzadas a
fila que, a momentos, se vuelve una línea en zigzag. Platicar es gritar. Platicar es perder, poco a poco, lo que queda de respiración. Al cruzar Luis Moya, antes de llegar a la avenida Juárez, aparece esa mujer espigada, de largo abrigo negro, que se prepara para cruzar la calle en sentido contrario. Nos abrazamos en medio del tráfico detenido. ¿Pero qué haces aquí? Contestar es, a veces, un juego. El mundo continúa allá afuera, sin duda. La gente recoge un pasaporte en una oficina de gobierno y compra un boleto de avión; la gente viaja. La gente rememora, trastabilla, pide disculpas. Bajo el rumor rojizo de un semáforo, la gente habla del verano. El que ya fue; el que vendrá. Hay que hacer cosas juntas, dice una de las dos. Una de las tres. Las sonrisas presurosas. Otras palabras se pierden entre el vaho del mediodía y el hambre. A veces todo en la vida, incluso el cuerpo, parece real.]

[jugos gástricos]

[¿Se puede ser feliz mientras se vive en duelo? La pregunta, que no es nueva, surge una y otra vez durante esa eternidad que es el quebranto. Se habla mucho de la culpa, pero

no lo suficiente de la vergüenza. La culpa del sobreviviente puede atraer una sospecha acaso saludable, un titubeo incluso razonable, acerca del placer, del gusto, de la compañía. La vergüenza es una puerta cerrada a piedra y lodo. Pocas actividades requieren más energía, tanta atención al más mínimo detalle, como odiarse a sí mismo. Es una tarea milimétrica. Agotadora. De tiempo completo. Durante los primeros años de su ausencia, cuando los años se fueron acumulando uno sobre el otro y todavía era imposible siquiera pronunciar su nombre, fue fundamental prohibirse cualquier actividad que pudiera interrumpir la danza de la vergüenza y el dolor. Una ceremonia muchas veces repetida. Algo acaso religioso. Nunca es una decisión consciente, pero sí es brutal. Ahora, a medida que nos internamos en el restaurante, cuando ya estamos a la mesa y empiezan a llegar las viandas, ese viejo resquemor vuelve. ¿Tengo derecho a degustar este queso fresco, esta flor de calabaza, esta salsa verde, esta salsa de chile de árbol? ¿Puedo, en realidad, permitirme el placer de este fideo seco, este pulpo asado, esta agua mineral muy fría? Los alimentos, como antes, se esparcen por la boca y se atorán en la garganta, pero a diferencia de veintinueve años atrás, he aprendido a masticar concienzudamente cada bocado y, entre plática y plática, he logrado disciplinar el maxilar, la faringe, el esófago. Ahora sé esperar a que los jugos gástricos degraden los alimentos poco a poco, concienzudamente, hasta formar el quimo. Ahora eructo, con recato. Esto es comer. Esto es tomar la decisión de seguir buscándote.

[lugar de hormigueros]

No hay manera de llegar a Azcapotzalco a pie. En lugar de tomar el transporte público, optamos por un Uber. Queremos

vienato con...
y esto tiene que cambiar. El
a latir en el borde del estómago. Los
tejidos de ese nuevo órgano sideral siguen transportando san-
gre y voz, células blancas y rojas, memoria, coraje. No nos
ponemos de acuerdo otra vez, pero elevamos los vasos de
agua mineral al mismo tiempo. Lo vamos a tirar, decimos al
unísono, entrechocando los vasos. Las burbujas. El sonido tan
celebratorio. Al patriarcado lo vamos a tirar.

[4 de octubre]

Estamos en el después, que es largo. Un día después de haber
visitado la Procuraduría de Justicia de la Ciudad de México
para tratar de obtener copias de la averiguación previa
40/913/990-7, voy al cementerio en compañía de mis padres.
Es 4 de octubre. Liliana tiene, ahora, muchos más años bajo
tierra de los que vivió sobre la tierra. Habría sido su cumplea-
ños número 51. Es su cumpleaños 51. Libra con ascendente
en capricornio. Un gallo, en el zodiaco chino. Aquí estamos
los tres, todavía invitados al convite de su vida y de su memo-
ria. Traemos con nosotros el azadón para deshierbar la tumba

sobre la que hace ya tantos años elegimos colocar sólo una pequeña loza de cantera, su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte talladas en la parte superior del rectángulo oscuro. Y traemos, también, las cubetas de plástico para acarrear agua y regar las flores que compramos, como lo hacemos desde hace treinta años, en el mismo puesto a un lado de la carretera. Fuera del cementerio hasta parecemos personas normales. Allá, del otro lado de la puerta de hierro cada vez más oxidada, caminamos y comemos, saludamos a personas, celebramos triunfos, ofrecemos condolencias, acudimos a clase o a fiestas. Allá afuera se pasean las vidas que continuaron: las carreras, los libros, los viajes, los cumpleaños, los hijos. Pero aquí adentro, bajo el influjo del aire que rasga los picos del volcán, para tocar después, meditabundo, el interior de nuestros pulmones con sus alas frías, aquí adentro somos pura pesadumbre. Es mentira que el tiempo pasa. El tiempo se atora. Hay un cuerpo inerte aquí, atrancado entre los goznes y pernos del tiempo, que suspende el ritmo y la secuencia. No hemos crecido. Nunca creceremos. Nuestras arrugas son artificiales, indicios apenas de las vidas que pudimos haber vivido pero que se fueron a otro lugar. Las canas, las caries, los huesos frágiles, las articulaciones entumidas: meras poses que ocultan la repetición, la redundancia, el estribillo. Estamos encerrados en una burbuja de culpa y vergüenza preguntándonos una y otra vez: ¿qué fue lo que no vimos? Éste es el eco. La luz del sol es espectacular siempre en el otoño. ¿Por qué no pudimos protegerla? El susurro de los oyameles. La claridad de los pinos.

Mi padre se adueña del azadón y, a sus 84 años, se dedica a quitar toda la maleza concienzudamente, inclinándose para arrancar la hierba más testaruda o para deshacer los terrones con las manos cuando nada más parece funcionar. Resopla.

Hace pausas. Suda copiosamente. Y, mientras se agacha sobre la tierra y llora con discreción, siempre en silencio, me pregunto cuántas veces al día se acuerda de Lilitiana, de la cantidad de dinero que le exigieron en la Procuraduría hace ya casi tres décadas para continuar con la investigación del feminicidio de Lilitiana. La mordida de rigor. Cuántas veces al día o al año se reprocha el no haber tenido los fondos suficientes. Cuántas veces retumban en sus orejas las palabras soeces, las palabras crudas, las palabras bestias de fauces abiertas con que los comandantes y agentes se refrieron al cuerpo de Lilitiana. A la vida de Lilitiana. A la muerte de Lilitiana. ¿Cuántas veces al día murmura la palabra justicia? Uno nunca está más inermemente cuando no tiene lenguaje. ¿Quién, en ese verano de 1990, iba a poder decir, con la frente en alto, con la fuerza que da la convicción de lo correcto y de lo cierto, y *la culpa no era de ella, ni dónde estaba ni cómo vestía?* ¿Quién en un mundo donde no existía la palabra feminicidio, las palabras terrorismo de pareja, podía decir lo que ahora digo sin la menor duda: la única diferencia entre mi hermana y yo es que yo nunca me topé con un asesino?

La única diferencia entre ella y tú.

En un mundo así, guardar silencio fue una forma de arro- parte, Lilitiana. Una forma torpe y atroz de protegerte. Bajamos la voz y nos reclinamos dentro de nosotros mismos, contigo adentro, para no exponerte a la acusación fácil, al morbo tullido, a las miradas de conmiseración. Bajamos la voz y caminamos con pasos de niebla, achicando nuestra presencia por donde pasábamos, tratando de ser de una vez los fantasmas en los que nos convertimos con el tiempo, con tal de evitar los ataques de los mordaces, de los predispuestos a la inculpa- ción, incluso de los bien intencionados, contra nosotros y contra ti, que ibas a nuestro lado, colgada del brazo,

sobre
pre-
tidad
casi
ini-
lia o
ates.
las
que
na.
ve-
más
no
za
no
do
D-
or
o

tomándonos de la mano. Porque estábamos muy solos, Lili-
liana. Porque nunca estuvimos tan huérfanos, tan desasidos,
tan lejos de la humanidad. Más solos que nunca en una ciudad
feroz que se nos vino encima con las mandíbulas poderosas
del machismo: si no la hubieran dejado ir a la Ciudad de Mé-
xico, si se hubiera quedado en casa, si no le hubieran dado
tanta libertad, si la hubieran enseñado a distinguir entre un
buen hombre y otro peor. No supimos qué hacer. Ante lo
inimaginable, no supimos qué hacer. Ante lo inconcebible, no
supimos qué hacer. Y callamos. Y te arropamos en nuestro
silencio, resignados ante la impunidad, ante la corrupción,
ante la falta de justicia. Solos y derrotados. Solos y dese-
chos. Triturados. Tan muertos como tú. Tan sin aire como
tú. Y, mientras eso pasaba, mientras nos arrastrábamos por
debajo de las sombras de los días, se multiplicaron las muertas,
se cernió sobre todo México la sangre de tantas, los sueños y
las células de tantas, sus risas, sus dientes, y los asesinos con-
tinuaron huyendo, prófugos de leyes que no existían y de
cárceles que eran para todos excepto para ellos, que contaron
desde siempre con el beneplácito de la duda y la disculpa
anticipada, con el apoyo de los que culpan sin empacho a la
víctima e incluso ahora, después de tantos años, todavía cues-
tionan la decisión de la chica, la falta de juicio de la chica, la
tremenda equivocación de la chica. Hasta que llegó el día en
que, con otras, gracias a la fuerza de otras, pudimos pensar,
imaginar siquiera, que también nos tocaba la justicia. Que la
merecías tú. Que la valías tú también entre todas las muchas,
entre todas las tantas. Que podíamos luchar, en voz alta y con
otras, para traerte aquí, a la casa de la justicia. Al lenguaje de
la justicia.]

¿Quién puede decidir si treinta años son pocos años o
muchos años?

niña buena y dócil, ciega ante el peligro. Una mentirosa. Una estudiante ejemplar. Una inocente. Una amiguera. Una mujer llena de amor. Una descuidada. Alguien con pasado. Las estampas que producían sus relatos e, incluso, mi propia memoria, se multiplicaban exponencialmente, contradiciéndose sin rubor alguno. El resultado, sin embargo, era el mismo: treinta años de silencio. El miedo a caer de bruces o el miedo a no soportar el dolor o el miedo a morir habían terminado por hacerse cómplices del asesino. Ahí estábamos todos, tan sin aire, tan sin palabras, tan silenciosos e inmóviles como Liliana sobre su lecho de muerte.

[Lo que distingue a la violencia doméstica, especialmente al homicidio de pareja, de cualquier otro tipo de crimen es el amor, asegura Rachel Louise Snyder en *No Visible Bruises. What We Don't Know About Domestic Violence Can Kill Us*. Ningún otro acto de violencia extrema se alimenta de una ideología tan diseminada como compartida. ¿Quién en su sano juicio estaría en contra del amor romántico? Los cientos de miles de mujeres asesinadas por sus parejas podrían responder a esa pregunta de múltiples formas inéditas. Pero, incluso ellas, necesitarían lo que necesitamos todos para poder contestar a esa pregunta básica: un lenguaje capaz de identificar factores de riesgo y momentos de sumo peligro.]
En un país como México donde, hasta hace poco, incluso la música popular ensalzaba a los hombres que, en arrebatos de